

EL PASO DE LA CUESTIÓN SOCIAL LATENTE AL CONFLICTO ACTIVO

Las ciencias sociales en general, pero especialmente la disciplina sociológica, avanzan cuando consiguen explicar los acontecimientos sociales, mucho más si estos responden a fenómenos que tienen lugar por primera vez o que son ampliamente desconocidos. Pero explicar desde la Sociología significa cosas muy distintas (explicar las causas, los mecanismos, las formas... de los hechos sociales), aunque todas ellas tratan de responder a la pregunta general sobre por qué acontece algo y cuáles son sus conexiones con las voluntades de los protagonistas y las condiciones que les afectan. Hemos avanzado mucho en el terreno de la comprensión de la vida social pero, desde nuestro punto de vista, hay un elemento que muchas veces se nos resiste, y este es el de la explicación de los hechos sociales en su relación con los “mecanismos” que los activan. Aquí, y sin más pretensión que la de contribuir a centrar la lectura de este Anuario, señalamos dos mecanismos tipo que guardan relación entre sí y que se destacan en esta publicación.

En lo que sigue a esta presentación veremos una serie de artículos que se han elaborado a partir de las investigaciones y trabajos que han realizado sus autores. Cada uno de ellos puede, y debe, ser leído como elemento unitario, pero creemos que del conjunto se pueden extraer algunos de los ingredientes que han de estar necesariamente presentes para que el conflicto social cuaje. Uno de estos ingredientes son los valores y las orientaciones sociales con los que se articula una nueva generación que, distintivamente, viene definida por que ya no responde desde las pautas sociales impuestas por la estructura de poder que temporalmente le ha precedido. En este caso, el mecanismo que opera en la activación de la protesta o el conflicto consiste en la pérdida de las claves simbólicas propias de una experiencia vital que se ha dejado atrás porque la generación anterior pierde su poder de simbolización en la misma medida en que las nuevas generaciones interrumpen su proceso de aprendizaje vicario. El mecanismo de nuevos valores/nueva generación implica, además, que a estos le precedan un tiempo de ruptura o interrupción de la dinámica social como, por ejemplo, el tiempo que sigue a una guerra (este mecanismo está representado en lo que leeremos en este Anuario sobre la sociedad civil serbia).

En muchas ocasiones, los conflictos se activan cuando se formulan las cuestiones sobre un pasado que exige revisión. Este proceso de revisión sirve, a la vez, de elemento para la justificación del conflicto tanto como de elemento para la

conformación y la definición de los ejes de confrontación. Es decir, en este caso, la crítica y el cuestionamiento del pasado constituyen el mecanismo necesario para que la protesta tenga lugar en el sentido de que son lo que configura al grupo que se moviliza, pero también lo que perfila los objetivos de la lucha o movilización (en este número, el mecanismo está representado por el análisis que ofrecemos sobre la movilización estudiantil de Chile).

Ahora, lo que hemos apuntado de manera abstracta podemos concretarlo a la luz de los trabajos que aquí publicamos.

Cuando los conflictos sociales operan bajo los esquemas de sistemas autoritarios e incluyen coyunturas de violencia extrema, los miembros de la sociedad implicada van a requerir de un tiempo de reorganización para poder escapar de estas dinámicas. Lo que ocurre, en general, para este tipo de períodos sociales es que la protesta social deja de ser la respuesta de la acción política normalizada de la sociedad civil —temporalmente quebrada— y reaparece, en un período posterior e indeterminado, en la acción política de las nuevas generaciones. El artículo de Miguel Rodríguez-Andreu es ejemplo paradigmático de este tipo de fenómenos. En el recorrido de su análisis, nos muestra cómo “Desde el derrocamiento en octubre del 2000 de Slobodan Milošević, la movilización social y crítica en Serbia fue casi inexistente (...)”. Aunque el autor apunta también como elemento a considerar el contexto de la Crisis de 2008 para

explicar el bloqueo temporal de la acción conflictiva, sin embargo, remarca que son “una nueva generación post-yugoslava y la demolición ilegal de unos edificios de la calle Hercegovacka, en Belgrado, en 2016” lo que pone en marcha el movimiento *Ne da(vi)mo Beograd*. Este movimiento, con sus actos de protesta, es tomado, para el análisis, como la representación de una nueva sociedad civil serbia. Lo que, en concreto, se rastrea son los nuevos patrones de acción política que parecen emerger.

El esquema de comportamiento del conflicto social apuntado en el párrafo anterior es el que, en parte, también opera en el caso de las protestas estudiantiles chilenas que hace ya diez años vienen teniendo lugar. Desde las protestas de “los pingüinos” en 2008 (tal y como se popularizó globalmente el movimiento estudiantil de la educación secundaria de la época), Chile ha vivido varias oleadas destacadas de activación del movimiento estudiantil, como las de 2006 y las de 2011, en las que la cuestión central de la mercantilización de la educación ha servido de excusa para plantear “una lucha contra-hegemónica” que es tanto denuncia del saldo negativo sobre el pasado transicional como una reivindicación de los elementos necesarios para la transformación social. El trabajo de Guy Bajoit y Julien Vanhulst, *Las acciones colectivas conflictivas: el caso del movimiento estudiantil chileno*, ofrece un estudio de la labor de confrontación del movimiento estudiantil con el paradigma neoliberal que rige en el gobierno y en la actual sociedad chilena, al tiempo que nos

señala cuáles son las debilidades de este movimiento en cuanto a sus formas de actuación y organización.

El nivel global de protesta en contra del daño que entre todos causamos al medioambiente es siempre insuficiente. Y es especialmente en las zonas del planeta más desarrolladas económicamente y, por tanto, con mayor capacidad para asumir su responsabilidad material, jurídica y moral, donde más debemos presionar para que la sociedad reaccione en contra de estos daños y de los procesos que los causan. Nuestro Anuario puede modestamente contribuir a este objetivo iluminando alguno de los casos de este tipo de conflicto, como el que analiza Margot Verdier en su artículo *‘Una lucha en zonas’. La ocupación ilegal y la producción del espacio en la ZAD de Notre-Dame-des-Landes, France*. Según explica allí la autora, “el movimiento de la ocupación en la ZAD [o *‘zone a defendre’*], promueve formas de colectivización y dispersión espacial oponiéndose así a la apropiación privada de espacios y recursos comunes y a la homogeneización del comportamiento”. Los protagonistas de la lucha son los denominados “*zadist*” (activistas que ocupan una *zona a defender* en contra de la expansión neoliberal-capitalista). El caso que nos ocupa es el desmantelamiento de un territorio y de la vida social que lo habita por la construcción de un aeropuerto. La llamada a la movilización que sus protagonistas realizan consiste en atraer progresivamente a nuevos ocupantes para que estos persistan en la forma de vida que es propia de la “zona a defender”. Y la

defensa, recomposición y recuperación del derecho a decidir y definir (más allá de los intereses puramente económicos) la vida en común es el espíritu que anima a este movimiento. Por lo tanto, en este caso, por medio del conflicto no solo se pone de relieve la oposición a los proyectos y los objetivos neoliberales, sino que se trata también de superarlos, y sus protagonistas lo hacen mediante la acción directa de prácticas sociales alternativas.

Johana Trujillo, en su artículo *Un nacionalismo más allá de las fronteras: la transnacionalización del movimiento independentista catalán*, nos enseña cuáles son las claves transfronterizas de este conflicto, y responde a la doble pregunta sobre por qué se da desde el exterior un interés por el caso, y por qué sus protagonistas ven la necesidad de transnacionalizarlo. El análisis de esta autora nos suministra información sobre el proceso que ha seguido el movimiento desde lo local hasta lo transnacional; con su trabajo rastrea tanto las formas de organización como las formas del discurso que ha adoptado el movimiento para producir este cambio de escala.

Con intención similar al anterior puede leerse el artículo titulado *Movimientos sociales masivos y procesos no intencionados*. Sus autores tratan de revisar las condiciones que comparten cuatro episodios de protesta recientes, en cuatro puntos del planeta, con contextos diferentes (se examinan los movimientos sociales masivos que ocurrieron en Egipto y España en 2011, y en Turquía y Brasil en 2013), pero que comparten un eco común

transnacional sobre la necesidad de protesta y transformación social, así como es transnacional el eco de sus procesos y efectos no intencionados.

Para hacer posible la paz, más garantías para la protesta social. Contexto de la protesta laboral y sindical en Colombia, 2015-2016, es el título del trabajo de Viviana Colorado-López, Mariana Ortíz-Usma y Sandra Milena-Muñoz, con el que nos recuerdan, de manera rigurosa, cómo en muchos de los episodios de los conflictos sociales laborales ha estado presente la fuerza e intensidad de la protesta, precisamente y paradójicamente, cuando más faltan las garantías para que estos conflictos puedan ser activados, es decir, cuando se carece del derecho a la huelga, el derecho a la manifestación, el derecho a la libre asociación y reunión, etc. Su trabajo, por el contexto social que analizan, es una mezcla de reivindicación de los derechos laborales y sindicales y de voluntad de intervención activa en el Proceso de Paz de la Colombia actual.

El análisis que realiza Nicolás Marticorena no nos da cuenta directa de un conflicto social, sino que se sirve del conflicto social difuso de la sociedad chilena y su tiempo postransicional como trasfondo para indagar, con minucioso detalle, los vínculos entre el poder mediático, el poder económico y el poder político. Es necesario profundizar en los hallazgos de esta investigación para ver si los patrones de influencia localizados y el rol que se atribuye a la prensa escrita político-económica del sistema

mediático chileno tienen éxito a la hora de fijar la dirección de la opinión de sus audiencias ante las demandas sociales propias de un contexto postransicional. Este tipo de análisis nos muestra cómo las estructuras del poder de una sociedad pueden gestionar a su favor la opinión y el pensar de sus miembros (y el discurso de los medios es uno de los mecanismos de control social más importantes para este fin).

El *Anuario del conflicto social de 2016* se cierra con la reseña de Carlos Zeller sobre un libro hermoso en muchos sentidos, pero sobre todo porque desvela y rememora un tiempo de esperanza, *Los años de esperanza en el Chile de 1970. Los años de Allende. Carlos Reyes (textos) y Rodrigo Elgueta (ilustraciones)*.

María Trinidad Bretones

